

textual. Este glosario, al cabo, sirve para circunstancializar ese tejido textual: prueba definitiva de que los *Itinerarios* lo son de una ciudad vertida en texto, transitada en su textualidad.

María Luisa DOMÍNGUEZ
(Universidad de Sevilla)

Esther ORTAS DURAND, *Leer el camino. Cervantes y el «Quijote» en los viajeros extranjeros por España (1701-1846)*. Alcalá de Henares, Centre de Estudios Cervantinos, 2006. 380 p.
(ISBN: 84-96408-23-X; *Biblioteca de Estudios Cervantinos*, 18.)

Entre los efectos positivos que ha tenido la conmemoración del cuarto centenario cervantino, cabe destacar la elaboración de proyectos de investigación patrocinados por entidades públicas y privadas, con el fin de ampliar nuestro conocimiento de la fortuna del *Quijote* durante los cuatro siglos que han transcurrido desde su publicación. Especial interés reviste, al respecto, el que se centra en la recepción e interpretación de una obra que, de libro de entretenimiento, ha pasado a convertirse en un clásico. Dirigido desde la Universidad de Oviedo por Emilio Martínez Mata, reconocido experto en la materia, este proyecto acaba de proporcionarnos el libro de Esther Ortas Durand, *Leer el camino. Cervantes y el «Quijote» en los viajeros extranjeros por España (1701-1846)*. El mismo título de este trabajo, iniciado hace cinco años, indica claramente un propósito que la autora se aplica a concretar y justificar en su introducción (pp. 15-30). Haciendo hincapié en el *corpus* de los testimonios que dejaron estos viajeros durante ambas centurias, un *corpus* ya configurado por los diferentes avances en su recolección e identificación, Esther Ortas destaca, a modo de advertencia previa, la necesidad de abordar con precaución la fiabilidad de estas relaciones como fuentes de conocimiento; no obstante, recalca con razón su interés testimonial, no ya en el ámbito meramente factual, sino en la reconstrucción de la imagen que estos visitantes llegaron a formarse del país, de sus costumbres y de su cultura. Por ello, en vista de la difusión cada vez mayor del *Quijote* allende los Pirineos, cabe agradecer a la autora haber estudiado, en un libro de conjunto, los ecos de Cervantes y de su obra que los extranjeros mostraron en dichas relaciones, en función de la presencia, valoración y utilización del universo cervantino en la construcción de sus itinerarios y en la escritura de sus viajes.

A este primer mérito se suma otro: la abundancia de las fuentes aprovechadas por Esther Ortas, como se infiere no sólo de su rica bibliografía (pp. 347-380), sino también de la cronología que la precede (pp. 283-343). El material así reunido es analizado con especial cuidado: prueba de ello son los numerosos textos, sacados de más de cien relaciones, que Esther Ortas cita y traduce cada vez al castellano, antes de comentarlos al hilo de su exposición. Sobre estas bases, su investigación sigue un esquema lógico y sencillo. Un primer capítulo, de carácter general (pp. 31-68), recoge las referencias a Cervantes en tanto que literato y hombre, así como las que remiten a su teatro y a su novelística, desde la *Galatea* hasta el *Persiles*. Un segundo capítulo, de mayor extensión (pp. 69-282), examina sucesivamente los juicios relativos a la valoración y fortuna del *Quijote*, a los personajes de la novela, a los espacios y paisajes y a los episodios. Un apartado final, a modo de epílogo más que de conclusión —«Ver o vivir las aventuras quijotescas» (pp. 272-282)— trata de las ocasiones en que algunos de los viajeros se dejaron contaminar por las enseñanzas del ingenioso hidalgo, en un curioso cruce entre literatura y vida.

Si se contempla de una manera de panorámica las informaciones que nos dan estos testimonios, recogidos y analizados con una paciencia y un rigor dignos de los máximos elogios, notable es la distancia que media entre su cantidad y su calidad. La responsabilidad de este desfase no la tienen los mismos viajeros, procedentes de varios ámbitos, pero entre los cuales figuran autores de primera fila: Saint-Simon, Alfieri, Southey, Humboldt, Chateaubriand, Custine, Delacroix, Stendhal, Théophile Gautier, Victor Hugo, Edgard Quinet, Alexandre Dumas. Se debe

más bien a que sus curiosidades e impresiones son las que hubieron de experimentar unos individuos constantemente sometidos a los azares de sus peregrinaciones. Fuesen diplomáticos, soldados o escritores, estos viajeros estaban poco dispuestos a emprender, en tales condiciones, un examen crítico del *Quijote*. Sus referencias a Cervantes y a su obra suelen ser de tipo alusivo, y era casi imposible, por consiguiente, sintetizar tantas observaciones dispersas en una visión de conjunto dotada de suficiente coherencia. En realidad, durante el amplio período que abarca Esther Ortas, no se observa un interés constante hacia el *Quijote*: la primera mitad del siglo XVIII se caracteriza por un silencio casi completo, mientras que la casi totalidad de los testimonios se reparten entre tres etapas: la época de la Ilustración, que coincide, más o menos, con la segunda mitad del mismo; la de la guerra de Independencia, entre 1808 y 1814; y, a partir de 1818 aproximadamente, el auge del Romanticismo. Descontada la mayor parte de las relaciones que se publican durante la segunda de estas tres etapas y cuyo incremento se debe a razones extraliterarias, se plantea al investigador una cuestión esencial. ¿Sobre qué trasfondo se recortan las referencias al *Quijote* que se observan en la primera y la tercera? O, dicho de otro modo, ¿qué relación se puede establecer entre estas referencias y sus respectivos contextos? Por un lado, en efecto, tenemos el renuevo de interés que conoce el *Quijote* durante las Luces y, por otro, el cambio de perspectiva que genera, a principios del siglo XIX, la transfiguración romántica del héroe y de sus aventuras. Estas preguntas, cabe confesarlo, no reciben aquí clara respuesta; no por culpa de la autora, que se aplica a situar en su marco europeo las sucesivas valoraciones del libro, sino porque el material reunido por ella no se lo permite. De ahí un énfasis significativo en aspectos de desigual trascendencia, contemplados aquí desde un enfoque anecdótico que es el mismo que prevalece en las relaciones de los viajeros. Así y todo, no por ello cabe desestimar, sino todo lo contrario, la labor ejemplar realizada por Esther Ortas Durand: nos da a conocer, en efecto, una dimensión prácticamente ignorada, hasta ahora, de la recepción del *Quijote* en los siglos XVIII y XIX, y nos permite disponer, gracias a su libro, de una base de datos de suma utilidad.

Jean CANAVAGGIO
(Universidad Paris X-Nanterre)